

Libertad de expresión vigilada (*)
Gustavo González

Para Perfil hubo dos visitas trascendente de la SIP. Una fue la que hizo durante la dictadura militar; la otra, cuando arribó a la Argentina en 2005 después de las denuncias que nuestra editorial venía realizando desde 2003 sobre el uso discriminatorio de la publicidad oficial para comprar la línea editorial de los medios. Fueron 46 millones de pesos en 2003 (unos 12 millones de dólares) que en medio de una crisis económica profunda, podían resultar esenciales para que algunas empresas lograran sobrevivir. Hoy son casi 200 millones de dólares. Imagínense si con aquellos 12 pudieron cooptar a tantos, lo que pueden hoy con 200 millones.

Cuando la SIP llegó a Perfil en 2005, encabezada por Alejandro Miró Quesada e integrada entre otros por nuestro admirado Bob Cox, fue como oxígeno en medio de un clima enrarecido en donde la mayoría de los medios entonces elegía mirar hacia otro lado. Al finalizar la reunión, Miró Quesada, que hoy está aquí presente, nos sugirió, nos pidió, que debíamos iniciar una acción judicial. No sólo para defender nuestros derechos sino para sentar una jurisprudencia que en el largo plazo pudiera servir al resto de los medios.

Esta nueva visita de la SIP vuelve a aportarnos oxígeno en medio de este sistema de libertad de expresión vigilada en el que vivimos.

La noticia que les tengo que dar es que desde aquel encuentro de 2005 sucedieron algunas cosas. El Gobierno nos siguió discriminando a Perfil y a muchos otros con la distribución de la publicidad oficial, además de presionar –en general sin éxito- a los anunciantes privados para que dejaran de publicitar en nuestros medios.

También sucedió que nuestra editorial le hizo caso a la SIP e inició un juicio que se ganó en distintas instancias y que la Corte Suprema ratificó en marzo del año pasado y, por segunda vez, hace una semana. El Gobierno se niega a cumplir con ese fallo y suponemos que lo va a seguir incumpliendo.

Quizás se pregunten si existe alguna conexión entre la Caja de avisos oficiales y un aparato comunicacional estatal y paraestatal que se dedica sistemáticamente no sólo a defender todo lo que hace el Gobierno, sino a mentir, difamar y apretar a periodistas, políticos, empresarios, intelectuales, artistas.

Nuestra respuesta es que sí, que hay un vaso comunicante, una aorta por la que circulan esos 200 millones de dólares anuales y otros negocios, que le da vida a una maquinaria preparada para destruir al que no piensa igual. Sin lo primero, probablemente lo segundo no existiría.

Creo que esta nueva visita de la SIP nos vuelve a aportar esa cuota de oxígeno que en su momento agradecemos tanto. Pero me gustaría que no tuvieran que venir nunca más

al país. Al menos para esto. Muchas gracias.

(*) De la presentación ante la SIP en el Senado de la Nación.